

## Desde la cámara vítrea, con humor...

Ignacio Navascués

Traducciones Dr. Navascués  
Madrid, España

«Las circunstancias del mundo, tan cambiantes, que nos tocan vivir...» (no es ninguna banda sonora, sino una honda meditación del archiconocido Ruiz, el editor más veloz del planeta, 2000).

El autor de esta columna, crítico virtual de cine por pura ficción, advierte de que no se hace responsable del guión de las películas escrutadas ni de sus resultados, como ustedes comprenderán en seguida. Cualquier opinión del crítico que merezca su aplauso será, no me cabe duda, mérito indiscutido y exclusivo del autor de esta sección –quien con deleite acepta suscripciones incondicionales a esta cámara, siempre que partan, como es natural, del millón de euros en adelante o de su equivalente en dólares USA o francos suizos; el boletín lamenta no admitir otro tipo de divisas-. Cualquier comentario de rechazo o de indignación sólo será imputable, empero, al haber de Gundisalvo. Les doy plena libertad para que saquen provecho de su privilegiada posición, acomodados como están en la retina. Así, cuando se apaguen las luces de la sala para proyectar la película, podrán iluminar la pantalla con sus bastones. Úsenlos para guiarse y repartir la estopa que deseen, pero por favor toda sobre el dorso ancho, fornido y dócil de mi buen clérigo, Dominicus; él y sólo él es el culpable de todos los errores y las escenas de pánico.

Parapetado tras el cristalino, rodé con esta cámara algunas secuencias viscosas que se sucedieron hace poco más de un año. Verteremos algunas gotas de humor para diluir y disolver esta grotesca y deplorable película, cuyo prota-

gonista es el hijo de un galeno ya fallecido –el médico, que no el hijo– quien publicó –esta vez, el padre, no el editor, aunque nada cambie– un diccionario de términos médicos allá por el año 1957.

**Ficha técnica** redactada en Madrid, a 30 de agosto del 2000.

- Nombre de la película original: “*Diccionario de términos médicos, inglés-español, español-inglés*. F. Ruiz Torres. Novena edición.”
- Título inglés (los traductores, siempre tan aviesos, interpretan a su modo los rótulos de las cintas): “*Never buy or even waste a penny on F. Ruiz Torres medical dictionary or you'll be really pissed off! Please, send this message to all medical translators!*”
- Director y protagonista: Erich Ruiz Albrecht (hijo del finado doctor F. Ruiz Torres), apuesto y osado galán –les ruego disculpen este pequeño desliz ortográfico del maquetador, gran aficionado al celuloide, que retocó la última palabra; en realidad, el crítico había pulsado la tecla situada a la derecha de la “L”. ¡Lee...eñe, Domingo, releñe! ¡Siempre haces lo mismo, coño! ¡Borríco, más que borríco! Con estas y otras lindezas suele obsequiar cariñosamente el crítico al bendito frailecillo que, en la penumbra de la sala, entre oración y oración, ya se comprende, no siempre atina al componer las secuencias, perdón, sentencias–.
- Lugar elegido para el rodaje y las escenas de mayor riesgo: editorial Zirtabe, Valladolid.
- Años de producción: de 1999 (novena edición) a 2000 (décima edición).
- Galardones cosechados: BSL (que no significa *bestseller*, sino Befa Sin Límites) al peor diccionario bilingüe de términos médicos jamás redactado en el concurso de chirigotas y cuchufletas del año 1999 –*curiosamente, este premio no se ha declarado ningún año desierto tras más de cinco milenios de existencia*–; ante el arrollado estrépito, el director se apresuró a filmar nuevas escenas en el año 2000 bajo el mismo firmamento estrellado.

---

*«Los poetas son los príncipes del verbo, como los médicos son los reyes del cuerpo. La elocuencia de los primeros regocija el alma, la abnegación de los segundos cura las enfermedades»*

Con esta voz en *off*, grave y profunda, cual la de Omar Sharif, arranca la primera escena de la película. Los planos (incluidos los EEG) iniciales resultan interesantes, comentaban entusiasmados desde la platea los dos únicos espectadores –uno de ellos, como ya habrán imaginado, era el crítico y el otro, mosén Gundissalinus– que acudieron a la sala de estreno con aforo para cuarenta y tres mil. Aquello decía Avicena allá por el siglo XI en su “Poema de la Medicina”. Hoy hemos reunido indicios sólidos para creer que el ilustre físico cordobés alumbraba ya entonces, con su prodigiosa visión, lo que acontecería siglos más tarde: Brad Pitt sería el seudónimo elegido, muy a su pesar, por Fernando Navarro para su debut en este campo; Mel Gibson, el de Luis Pestana; Harrison Ford, el de Ángel Hernando; Richard Gere, el de Gustavo Silva; Jeremy Irons, el de Pepe Tapia, y Antonio Banderas, el de Pedro Ojeda. De las médicas nada señaló Al-Husayn Abd Alla Ibn Sina, sin duda por el tenue, suave y delicado velo que las celaba, así que el crítico nunca adivinará qué pensaba al respecto y tampoco, aunque lo barrunte, las identidades verdaderas de Elle McPherson, Uma Thurman, Valeria Maza, Inés Sastre, Claudia Schiffer, Ester Cañadas y Michelle Pfeiffer.

Las secuencias posteriores rezan así: “Prólogo a la novena edición. La continua modernización del Diccionario de Términos Médicos nos ha obligado a realizar cuatro ediciones y una reimpresión en la década de los noventa. Por ello me cabe la satisfacción de prologar, por quinta vez en estos últimos años –*el protagonista de la “peli” manifiesta sin ningún rubor su ansia por alcanzar un récord que lo lleve pronto al Guinness de los diccionarios*–, una nueva edición, la novena, de la obra que en su día nos legó mi padre, el Dr. Francisco Ruiz Torres –*menos mal que el buen doctor no puede asistir al estreno*–, fallecido en 1980. Sentimentalmente supone esto para mí, un

continuo homenaje a la memoria de mi padre –*pocas desearían tal suerte de parabienes tras recibir a título póstumo un bodrio como este*– y una contribución a que su legado, siempre renovado, permanezca entre nosotros.

Desde su aparición en el mercado hemos procurado actuar con el máximo rigor posible –*¿se puede saber, acaso, a qué llaman rigor?, ¿no se confundirán con otro tipo de rigor del que nadie ha escapado hasta la fecha?*–, de suerte que antes de lanzar –*nunca mejor dicho*– una nueva edición, no sólo se revisa concienzudamente el texto existente, sino que se incorporan nuevos vocablos –*aprovecharé para decir aquí que los vocablos nuevos a los que se refiere el director del rollo los extrajo sin “cortarse un pelo” de la 26ª edición inglesa de otro diccionario médico, el de Stedman*–, todo ello en función de los continuos avances que tienen lugar en la investigación médica y en el desarrollo técnico correspondiente.

Consecuentemente, en esta novena edición, se ha incrementado el número de entradas –*para el estreno, se entiende*– y modernizado un sinnúmero –*más valdría que quedaran sin número y sin letra en lo sucesivo*– de definiciones... La actual novena edición –*por fortuna, ya no es actual, sino antigua, pues con presteza inusitada, ¿será por lo del Guinness?, hubieron de editar en tan solo un año la décima*– abarca 43.000 entradas directas en la parte Inglés-Español. Si a esto se añade la versión Español-Inglés con sus 36.000 entradas, ofrecemos una nueva edición con un caudal de consulta en dos idiomas de unas 79.000 voces en total, lo que hace de nuestro Diccionario –*las mayúsculas son suyas*– un instrumento auxiliar de trabajo estimado y útil –*el editor clausura el párrafo con una pesadísima chanza, pese a todo muy reída y aplaudida en casa de los Ruiz*–.”

El párrafo siguiente se puede obviar; contiene una reflexión del editor. Prosigue con singular arrojo, pues principia una secuencia de máximo riesgo... lingüístico, se entiende: “En este libro está –*¡atentos!*– una muestra del conocimiento

---

científico heredado desde lo más profundo de nuestra civilización, que con esta edición se asomará –*ya se ha comprobado que ni remotamente lo hizo*– al nuevo siglo que, con nuestro actual conocimiento –*la sombra de la acatanoesis persigue al editor*– abre un sinfín de especulaciones –*si Ocón de Oro sirviera un jeroglífico igual, no hallaría ningún acertante*– sobre lo que serán dentro de cien –*nueva grafía que el crítico sólo ha encontrado en esta edición y en ningún otro libro; ¿habría que comentarlo a la Academia, estimado Gundissalinus?*– años, la medicina y nuestra propia cultura. Esperamos seguir incorporando todos esos presumibles eventos médicos –*desearía el infeliz protagonista poseer un cuerpo como el que sólo nos es dado a los médicos, ya lo presagió Avicena, pero no está en la pluma del pobre Erich ni tan siquiera dibujarlo*–.”

El párrafo siguiente no tiene desperdicio. Leámoslo: “En la realización de esta novena edición han trabajado dos equipos de profesionales de la medicina y un equipo de traductores –*debemos agradecer al Altísimo que no hubieran trabajado más*–, que en perfecta compenetración con los coordinadores de la obra han llevado a buen puerto el intenso, largo, prolijo y excitante –*lo que traducido al inglés podría quedar así: heavy, boring, stuffy and regrettable*– trabajo que ha impuesto la puesta a punto de esta novena edición. A todos ellos nuestro agradecimiento –*quédense con esta frase y comparen después con el prólogo a la décima edición*–.”

En los dos últimos párrafos, el protagonista agradece la colaboración de las estrellas invitadas, uno de ellos Profesor Titular de Medicina de la Universidad de Cantabria, el Dr. Ángel Luis Martín de Francisco Hernández, y la otra, Doctora en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca y Catedrático de Inglés de Valladolid, la Dra. Pilar Salamanca Segoviano.

¿Qué pudo ocurrir para que en el plazo de solo un año la editorial publicara un nuevo diccionario? ¿Quería el editor optar a una marca

del Guinness con el mayor número de ediciones de un diccionario publicadas en un decenio? ¿Creen ustedes que alentaba tales propósitos? ¿Cómo prologó el protagonista la décima edición?

“Prólogo a la décima edición: Las circunstancias del mundo, tan cambiantes, que nos tocan vivir nos obligan a lanzar la décima edición del Diccionario antes de lo que pensábamos.

Esta edición, la consideramos el final de una forma de entender algo tan útil al profesional como una obra de referencia –*si alguna vez ¡¡lo fue??, el editor ha entendido por fin que su referencia feneció, ¿o estaré equivocado, querido Gundisalvo?*–.

Dentro de algunos años –*el agotamiento de tanto lanzar y lanzar ediciones ha hecho clara mella en la editorial que ahora se muestra bastante pesimista sobre futuros estrellamientos; susurra, malévolo, Dominicus que tampoco le hubiera importado leer siglos en lugar de años*–, cuando aparezca la undécima edición, primera de la segunda decena –*para todos los que no lo asan a la primera, ofrecen una segunda oportunidad*–, el Diccionario tendrá otros planteamientos que, esperamos, ayudarán mucho más al profesional y al estudioso –*esta obra de referencia no está pensada, amigos, para los haraganes*–...(Fin con el agradecimiento de rigor al médico amigo.)”

Se habrán preguntado todos ustedes qué diantres quiso decir el editor con tan sesuda reflexión acerca de “las circunstancias del mundo, tan cambiantes, que nos tocan vivir nos obligan a lanzar la décima edición... antes de lo que pensábamos”. ¿Fueron en efecto las circunstancias climatológicas, el Niño quizá, la Niña también, las culpables de tanta precipitación? ¿Por ventura sucedieron en tal año, a la sazón 1999, otros imponderables en el globo terráqueo que asolaron esta pequeña editorial? ¿Publicaron los responsables su obra de referencia en celulosa comestible o tal vez de otra condición, motivo por el cual se agotaron de inmediato papel intestino y Colón, si resucitara?

¿Por qué el prólogo tan extenso de la novena edición se terció en la décima? ¿Qué fue de las 43.000 voces inglesas y qué de las 79.000 totales? ¿Dejaron de colaborar los tres equipos de profesionales en perfecta armonía? ¿Qué profundo arcano los llevó a considerar que habían alcanzado el final? ¿Se hizo uno del trino? ¿Trinó alguno? ¿Naufragó acaso la *casi nona-ta-* edición? ¿Creen de verdad que arribó a buen puerto? ¿Estarán preparando ya la siguiente revolución, quiero decir, edición del diccionario médico?

Les ruego que no se impacienten. En la próxima sesión les narraré cuáles fueron esas circunstancias tan cambiantes del mundo, barrera semántica con la que los ignorantes y atrevidos pretenden tapar sus desvergüenzas, que llevaron a la retirada temprana de la novena edición, mucho antes de lo previsto por Zirtabe. Les bastará por el momento saber que a la falta absoluta de control de la calidad de una obra como ésta, a la plétora de errores ortográficos, al plagio de las voces nuevas –en particular, las de la

genética, la biología molecular y otros campos–, a la supina ignorancia del equipo de traductores, a la ceguera bilateral de los equipos médicos que no vigilaron ni supervisaron nada de lo traducido y a algún que otro disparate más llama el diplomático Erich “circunstancias”. Por fortuna, mi fiel Gundi hizo acopio de un denso informe, de más de una treintena de páginas, sobre el asunto. Pronto degustarán algunas de las mejores perlas de tan selecta y encallada colección. Desde ahora, les concedo el privilegio de compartir sus iras y arrojar sus cayados sobre estos dolosos rufianes y librar en alguna ocasión, si así les place, a mi manso fray de semejante flagelo. (*¡De nada, jumento!*) Continuará.

Firmado: Iorsclu Ni –*pronúnciese despacito con voz recia, cual si acabaran de fumar un Habano; si arquean convenientemente el labio superior y dejan caer al cabo el inferior con desprecio y cierta mirada de reojo, debería sonar algo así como “George Clooney”; muchas gracias–.*

## ¿Quién lo usó por vez primera? Ortopedia

Fernando A. Navarro

Servicio de Traducción, Laboratorios Roche, Basilea (Suiza)

En la mayor parte de los diccionarios, empezando por el mismísimo DRAE, se hace derivar esta palabra de (*orthós*, recto) y (*paideía*, educación), en el sentido de arte de corregir o de evitar las deformaciones del cuerpo humano.

Su origen es, en realidad, bastante distinto, como explicó claramente el médico francés Nicolas Andry, quien en 1741 acuñó el vocablo *orthopédie*. Basta acudir al tratado en dos tomos que publicó con 83 años para confirmar que *paideía* tenía para él el sentido griego original de “infantil o relativo a los niños”, y no el moderno de “educación”. Así explicaba Andry, el origen de su neologismo:

«[...] je l'ai formé de deux mots grécs, sçavoir, d'Orthos qui veut dire, droit,

exempt de difformité, qui est selon la rectitude, et de Paidion, qui signifie enfant. J'ai composé de ces deux mots, celui d'Orthopédie, pour exprimer en un seul terme le but que je propose, c'est-à-dire d'enseigner les différentes méthodes de prévenir et de corriger les difformités des enfants».

N. Andry: *L'orthopédie ou l'art de prévenir et de corriger dans les enfants, les difformités du corps*. París, 1741.

Bien claramente lo dijo. Otra cosa, claro, es que luego hayamos ampliado el significado de ortopedia para abarcar la corrección de las deformidades en todas las edades, pero el origen etimológico que le dio su autor no admite dudas.